DOMINGO 30° TIEMPO ORDINARIO CICLO A

P. Emilio Betancur

Cuando los mismos sentimientos son de Dios. Imaginémonos y obremos como hermanos.

La experiencia de conversión al Dios vivo para servir a los demás, le sirvió a Moisés para transmitir al pueblo la totalidad de las leyes que estaban en el libro del Éxodo. La experiencia de Pablo, le sirvió de experiencia a la comunidad de Mateo para evangelizar al doctor de la ley judía cuando le preguntó a Jesús; "Maestro ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley? Y Jesús le respondió Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, (es decir con todo el sentimiento y la ternura que requieren la relación con Dios); con toda tu alma (con toda la fuerza de comunión con el Espíritu) y toda tu mente, (discerniendo que estos dos mandamientos son inseparables pero no intercambiables). Este es el más grande y primero de los mandamientos. Y el segundo es semejante a éste Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (evangelio).

El amor a Dios pasa por el amor al prójimo y al prójimo lo descubrimos con nombre propio y apellido. Prójimo es a quien se le ayuda; antes del servicio no hay prójimo, porque entretanto, todos están a distancia y son desconocidos. Por el reconocimiento que Pablo le hace hoy a la comunidad de Tesalónica la hace prójimo: "Bien saben cómo hemos actuado entre ustedes para su bien" (segunda lectura). "Todo cuanto quieran que les hagan los hombres, háganlo también ustedes a ellos (Mt 7,12). Pablo se sentía feliz hablando de la primera comunidad de los tesalonicenses; por los buenos resultados de la predicación que habían transformado de tal manera su interior que terminaron siendo ejemplo para los demás, Macedonia y Acaya; y esto en medio de sufrimientos y persecuciones de parte de los judíos. "vosotros habéis comenzado a imitarnos, acogiendo la palabra en medio de pruebas con la alegría del Espíritu Santo… y todo esto partió de ustedes… porque ellos mismos cuentan que abandonando los ídolos, se convirtieron al Dios vivo y verdadero para servirlo en los demás; esperando que venga el Resucitado de entre los muertos quien nos librará del castigo verdadero" (segunda lectura). Todo parece indicar que la alegría del Espíritu Santo en el corazón del creyente es un signo fehaciente de la obra del Espíritu. Otro signo es convertirse, de las malas imágenes sobre Dios, al verdadero Dios que es Jesucristo para abandonar los ídolos y poder servir al prójimo; sin importar las persecuciones.

Hagamos un ejercicio; pensemos cuanto nos amamos a nosotros mismos; y sumémosle la fuerza de "la egolatría" que, sin ser buena, no es dañina para dimensionar el amor al prójimo. El deseo de la felicidad personal es tan existencial como cualquier otra persona puede querer la suya. La parábola del buen samaritano como ejemplo de solidaridad consiste en imaginarse a uno mismo en la situación del hermano para amarlo con originalidad e imaginación siempre y donde se encuentre. En cambio para el doctor de la ley, fariseo perfeccionista no le eran suficientes los 248 mandatos junto a sus 365 prohibiciones para cumplir con Dios: porque necesitaba saber cuál era el mandamiento "mayor". El único criterio para

verificar el amor a Dios es el amor al prójimo: “El segundo es semejante a éste; Amarás a tu prójimo, incluyendo al enemigo, como a ti mismo.” De estos dos mandamientos dependen la ley y los profetas”. Este segundo es el criterio para saber si estamos cumpliendo el primero. Como el amor a Dios implica el amor al prójimo en un mismo mandamiento, puede ser llamado el mandamiento mayor, Dios es amor” (1 Jn 4,8).

Si el segundo mandamiento es semejante al primero no es porque el amor al prójimo sea de segundo orden en relación con el amor a Dios, sino que su exigencia y radicalidad es semejante al primero. La pregunta por el amor de Dios es necesariamente la pregunta por el sufrimiento del hermano. “Sólo el amor es digno de la fe” (Von Baltasar). Son dos mandamientos inseparables, pero no intercambiables. Se trata de dedicar al prójimo el mismo cuidado y amor que se le da a Dios. La cima del amor tiene dos vertientes en la que cada una se convierte en test de la otra. Podemos amar a Dios por el sólo hecho de que Él nos ha amado primero; y podemos amar a nuestro prójimo en el sentido cristiano por haber sido ellos amados primero por Dios. La gran revelación del cristianismo es que Dios, siendo amor, nos quiere como somos. Desde nosotros mismos tenemos una incapacidad radical de amar. Sabiendo y sintiendo que Dios nos quiere; con el amor de Dios podemos amar al hermano. Todo lo contrario a la reacción de Caín cuando Dios le pide cuentas de su hermano Abel: “¿acaso es mi obligación cuidar de él” (Gn 4,9)” “Todo cuanto le hacemos a los hermanos se lo hacemos a Él” (Jesús).